

pensado en que la imagen adorada de la princesa no se hallase presente. Todo por ella y para ella. Abandono completo de sí mismo, absorción deliciosa de su personalidad por el sér amado.

Escuchábale la joven sin parecer inquieta ni sorprendida. Lo que Armando decía lo había adivinado desde luego, como había adivinado que un amor irresistible los uniría, y que ella acabaría por estar más loca que él. Todo lo que Armando pudiera confesarla estaba lejos aún de lo que ella se había confesado á sí misma. Y con arrobamiento inefable oíale hablar de su ternura. Mirábale y le encontraba hermoso, tal cual lo había imaginado en sueños. Una voz avasalladora se alzaba dentro de ella misma para decirle: «También tú le amas. ¿Por qué no se lo dices? ¿Por qué no tienes el valor de confesarlo?» Pero un sentimiento de terror se sobreponía á sus impulsos, terror lejano, vago, indefinido; Mina no sabía con certeza qué era lo que temía, pero pensaba: «Si me dejo arrastrar por mi amor nos sobrevendrá alguna desgracia.» No sabía cuál, si la cólera de su marido ó los celos de Waradía. Un terror grande oscurecía su pensamiento como una nube negra. Volvía, sin embargo á oír una voz interior que decía: «Tú le amas; nada podrá impedir que cedas. Sois jóvenes ambos, sois hermosos, os amáis..., aun á costa de las mayores desventuras, seréis el uno del otro.» Entre tanto, Mina no había advertido que Ar-

mando ceñía su talle con el brazo, y que la estrechaba con suave violencia. Sin embargo, el rostro de la princesa ardía. Llamas devoradoras subían sin cesar desde su corazón á su cerebro, y se sentía presa de transportes desconocidos. Jamás había experimentado nada parecido á lo que entonces sentía. «Si fuese este el último instante de mi vida—pensó la joven—¿no sentiría el no haberme entregado á él?» Un deseo agudísimo la produjo un estremecimiento que recorrió todas sus venas; retorcióse en una contracción apasionada y sus rodillas chocaron una con otra. Luego alzó la vista... Armando no estaba ya de rodillas, sino de pie, á su lado. La dominaba, la tenía en su poder, la oprimía entre sus brazos, y su respiración le abrasaba la cara. La joven intentó desasirse, pero el conde la retuvo con dulzura. Quiso decir algo... y apenas pudo balbucear: «Armando... ¡por favor!...» cuando callaron sus labios, cerrados por un beso que la trastornó y que ella devolvió con frenesí. Entonces sintió que Armando la levantaba en sus brazos y la llevaba al lecho; lanzó un grito, pero él la cubría de besos y caricias... y no pudo más... enlazóse á él con todo el ardor de los deseos sobreexcitados... y, llena de alegría frenética, se abandonó del todo.

Desde aquel instante cambió para ella la existencia. La vida se convirtió en una serie de fiebres deliciosas, pero secretas; el mundo no debía

sospechar nada de sus relaciones. Armando escaseó todavía más sus visitas á casa de la princesa. Pero las asiduidades de Waradia le disgustaban. Por una parte inspirábale celos la continua presencia de aquel majadero cerca de la mujer á quien él amaba, y por otra parte, su lealtad protestaba de permitir que el mayor hiciese el ridículo papel de espantajo. Solicitó, pues, de Mina que lo despidiese, y ella lo hizo así inmediatamente y sin vacilar un solo momento; aquel acto imprudente tuvo muy graves consecuencias. Waradia, ultrajado y pisoteado en todos sus sentimientos, prevenido por el despecho, acabó por sospechar lo que él llamaba la traición de la princesa. Espió sus salidas, y después de haberla esperado á la puerta de muchos pobres, llegó una mañana, siguiéndola siempre, á una entrada recientemente practicada en la tapia del jardín del conde Armando de Fontenay. Tuvo la constancia de volver hasta tres veces, decidido á cerciorarse de su desdicha. La tercera vez era ya muy entrada la noche, Waradia permaneció hasta las once oculto en una esquina, y cuando la princesa salió, comenzó él á seguirla de nuevo. Asustada al oír pasos detrás de ella, la señora de Schwarzbouurg se volvió en medio de la callejuela y reconoció al mayor. Temblaron sus piernas de la emoción y no pudo adelantar un paso. Entonces Waradia se aproximó á ella, y con una cortesía cruelmente exagerada, quitán-

dose el sombrero é inclinando la cabeza con extraordinario respeto, la dijo:

—No permanezca usted aquí, señora; un transeunte cualquiera podría verla. Permítame usted que la acompañe hasta el carruaje.

La princesa se dejó llevar casi maquinalmente hasta el coche de alquiler que la esperaba en la vuelta de la calle. Allí logró recobrar un tanto el dominio sobre sí misma, y, comprendiendo el riesgo que corría, miró á Waradia con autoridad y le dijo:

—Suba usted al carruaje conmigo; es preciso que hablemos.

El mayor obedeció sin replicar. La princesa no dió orden alguna al cochero que, por consiguiente, permaneció quieto. Y en aquel reducido interior del carruaje inmóvil, detrás de aquellos caballos dormidos, se entabló el siguiente diálogo áspero y corto:

—¿Cómo ha cometido usted la indignidad de convertirse en mi espía?

—¿Cómo ha sido usted capaz de engañarme?

—¿Había yo, por ventura, contraído con usted compromiso de ningún género?

—Sí; había usted contraído el compromiso tácito de no conceder sus favores á ningún hombre.

—Habla usted como si fuera mi marido.

—Aunque lo fuese no me consideraría mas burlado, ni estaría mas furioso. Usted ha abu-

sado de mi lealtad y de mi paciencia, y yo me vengaré.

—¡Amenaza usted á una señora!

—¡Oh! No se trata de usted, princesa; se trata del amante dichoso.

Al oír esta palabra la princesa permaneció inmóvil y muda. No había pensado nunca en que el mayor pudiera vengarse de Armando. La idea de que el hombre á quien adoraba iba á encontrarse á merced de aquel temible duelista heló su corazón. Sintió su voluntad completamente paralizada. Faltó muy poco para que implorase la compasión de Waradia, pero detúvola una reflexión súbita: ¿no sería eso deshonroso para Armando? Entonces, ¿qué recurso le quedaba? La princesa lloró, y el exceso de su dolor le dió fuerzas para exclamar:

—¿De este modo me paga usted dos años de buena amistad? ¡Porque he sido indulgente y buena con usted quiere usted ahora mortificarme!...

Tan abrumada y tan entristecida la vió Waradia, que juzgó posible que sacrificase á su rival.

—De sobra sabe usted—le dijo—que si hablo á usted de esta manera es porque mi amor y mis celos están exasperados... Esas relaciones con Armando, que al cabo y al fin serán públicas, me cubren de espantoso ridículo. Haber amado á usted durante dos años para presenciar el rá-

pido triunfo de un rival, no es cosa que puede perdonarse... si no en el caso de que usted me diese un desquite de amor propio.

—¿Y cuál?

—Permitirme que vuelva á casa de usted y despedir al conde.

La joven levantó la cabeza, y enrojeció de cólera; su mirada adquirió tal brillo, que Waradia quedó deslumbrado.

—¡Despedirle! ¿A él?—dijo riéndose con arrogancia— cuando estoy dispuesta á sacrificarlo todo á su amor.

—Está bien—dijo Waradia—le mataré.

—Ya lo veremos. Ahora salga usted de aquí.

La princesa pronunció la palabra *salga usted* con tan abrumadora altanería como la que habría mostrado si en lugar de hallarse en el interior de un coche de alquiler se hubiese encontrado en el salón de su palacio. El mayor se levantó sin replicar, abrió la portezuela, saludó muy pálido y se alejó lentamente. La princesa dió entonces orden al cochero y regresó á su casa.

Al volver del círculo imperial, donde había pasado la velada, el príncipe de Schwarzbourg, vió luz en el tocador de su mujer. Entró para darla las buenas noches y la halló en un sillón y completamente trastornada. Mina trató de arreglar su rostro para que no sospechase nada su marido, pero el anciano aristócrata era demasiado experto para que se le engañase fácilmente. Cogió ca-

riñosamente la mano de la princesa; aquella mano quemaba; miró con atención los ojos de Mina, observó que había llorado, y verdaderamente inquieto por aquella tristeza tan extraordinaria en aquel carácter sencillo y cariñoso, preguntó:

—¿Qué tienes, Mina? ¿Estás enferma? ¿Te han dado alguna mala noticia? ¿Has tenido algún disgusto?

La princesa permaneció inmóvil y silenciosa; parecía abrumada; las lágrimas se deslizaron de nuevo en hilos brillantes por sus mejillas.

—Vamos, hija mía—dijo el príncipe sentándose al lado de su esposa—habla. ¿Qué te ocurre? ¿Tan serio es lo que tienes que decir que vacilas en confiármelo? ¿Te habrá ofendido alguien?

El príncipe, al decir esto, se irguió con arrogancia y su rostro adquirió una expresión de gravedad amenazadora.

La princesa perseveraba en su silencio.

—Oye, Mina; ya sabes el cariño tan verdadero y tan profundo que me inspiras. No soy para ti un esposo, soy un amigo. Puedes contar siempre con mi apoyo... y con mi indulgencia. Pero exijo de ti que seas franca, lo mismo que si hablas a tu padre. ¿Quieres? Vamos, hija mía, ten confianza en mí... dímelo todo... Nada puede afligirme más que me afligen tus lágrimas.

Entonces, en un arranque de desesperación, la princesa refirió á su marido, sin decirle dónde

había ocurrido el hecho ni el nombre del amante, la conversación que había tenido con Waradia. Mina tenía su cabeza apoyada en el hombro del anciano y, entrecortada por sollozos, acabó su cruel confesión.

El príncipe, muy pálido, la escuchaba en silencio. Si su corazón sintió la terrible angustia de los celos, si acudieron á sus labios amargas dolorosas, su mujer no pudo saberlo. El príncipe permaneció impasible y su hermosa y venerable cabeza blanca no se dobló. Sin embargo, su voz temblaba un poco al preguntar:

—Y el hombre que ha sabido hacerse amar por ti es el conde de Fontenay, ¿no es cierto?

Advirtiendo que Mina se estremecía de vergüenza al querer contestarle, cerróle con su mano la boca y dijo:

—No me respondas. Basta.

Reflexionó algunos momentos, y después dijo con solemne lentitud:

—Hija mía; te agradezco de corazón esa franqueza. No quiero verte triste ni desdichada. Te doy mi palabra de que ninguna desgracia sobrevendrá al hombre á quien amas. Pero, en cambio, has de prometerme otra cosa: alejar al conde de Fontenay. En interés tuyo, pobre niña, exijo este sacrificio... Pocos días me restan de vida... Cuando yo no pertenezca á este mundo, si él te ama de veras, os uniréis para siempre; pero, por ti y por mí, es preciso que nadie pueda decir que

UNIVERSITY OF MONTREAL
BIBLIOTHÈQUE DE LA FACULTÉ DE MÉDECINE
4415 AVENUE DU PARC
1935 MONTREAL, QUEBEC

ha sido tu amante. Conserva tu buena reputación, cuida de mi honra, ahórrame la burla de los malévolos y en todo lo demás descansa en mí; nadie te causará dolor ni te afrentará, yo te lo fío.

Los sollozos de la princesa aumentaron.

—¡Oh, qué bueno y qué generoso sois!—balbuceó.

—No, hija mía; todo se reduce á que te quiero con ternura. Ya ves, soy viejo, y por lo tanto tengo experiencia del mundo. Hago mi examen de conciencia y reconozco que he sido más culpable con respecto á ti que tú puedes haberlo sido con respecto á mí. La juventud se hizo para la juventud, y yo, encanecido y arrugado por los años, he encadenado á mi decrepitud tus veinte primaveras. Tú, con una bondad angelical, has embellecido mis postreros días, y sería yo muy ingrato si no olvidase un agravio de que te acusas para acordarme solamente de la felicidad que me has proporcionado.

Mina estaba de rodillas á los pies del anciano y le sonreía á través de sus lágrimas. El príncipe la obligó á levantarse, dióla un beso en la frente y la condujo al dormitorio, diciéndola:

—Ve á dormir, hija mía, ve á descansar, y nada temas.

Al día siguiente, á cosa de las diez, disponíase el mayor Waradia á salir en busca de Fontenay, cuando un criado le anunció la visita del prin-

cipe Toulza y del general conde de Colloredo, que deseaban verle de parte del príncipe de Schwarzbourg. Aunque muy admirado, se apresuró á recibirlos, y no pudo reprimir una sonrisa cuando oyó al general manifestarle que el fin de aquella visita era pedirle satisfacción de una ofensa inferida á la princesa Schwarzbourg. Waradia no discutió; no hizo observación alguna acerca de la edad de su adversario; se inclinó, y dijo sencillamente:

—Caballero, soy un estúpido. Hágame usted la merced de manifestar al príncipe de Schwarzbourg que estoy á sus órdenes.

Al día siguiente Waradia y el marido de Mina cambiaron dos pistoletazos en Leopoldstadt. La bala del príncipe rompió al mayor un brazo. Los testigos de Waradia afirmaron después que su apadrinado había disparado sin apuntar. Al siguiente día el conde de Fontenay obtenía del marqués de Villenoisy una licencia y tornaba á Francia. Armando no volvió á ver á Mina hasta que transcurrieron diez y ocho meses. Mina era viuda y fué á París para acabar allí su luto. Pasado el plazo legal, Mina y Armando se habían casado, y, durante diez años, habían sido completamente dichosos, hasta la noche funesta en que la condesa había hallado en el cuarto de su marido el telegrama azul.